

Sabino Ordás: entre la reivindicación y el trauma

Sabino Ordás: vindication and trauma

ALFONS GREGORI, ALBERTO FLECHA

Uniwersytet im. Adama Mickiewicza w Poznaniu. Universidad de León

alfons@amu.edu.pl

aflechaperez@gmail.com

ORCID (Alfons Gregori): <https://orcid.org/0000-0003-0121-2876>

Recibido: 11/12/2017. Aceptado: 19/12/2017

Cómo citar: Gregori, Alfons y Flecha, Alberto, “Sabino Ordás: entre la reivindicación y el trauma”, *Siglo XXI. Literatura y Cultura Españolas*, 15 (2017): 43-57.

DOI: <https://doi.org/10.24197/sxxi.15.2017.43-57>

Resumen El presente artículo constituye una aproximación a las vertientes reivindicativa y traumática de la figura de Sabino Ordás, con el objetivo de determinar la relación entre la cuestión sociopolítica y cultural, por un lado, y la casuística traumática o estructura afectiva que impelía el proceso de escritura de Ordás. De este modo, tomando en consideración el giro afectivo – en su línea más vinculada a lo político –, así como diferentes nociones acerca del fenómeno traumático, se analiza el primer prólogo de *Los caminos del Esla*, firmado por Ordás. Con ello se renueva el discurso sobre la obra de Ordás y se contribuye al estudio de las relaciones entre cuerpo, mente y escritura, sacando a la luz el apócrifo como una instancia textual nacida de la pluralidad, producto de la hibridación y la migración, que bascula además entre emociones como la tristeza, la resignación y la alegría vital.

Palabras clave: Sabino Ordás, teoría de los afectos, trauma en literatura, regionalismo leonés.

Abstract: This article constitutes an approximation to the socio-political and traumatic aspects of the figure of Sabino Ordás. Our objective has been to determine the relationship between the socio-political and cultural claim, on the one hand, and, on the other, the traumatic casuistry or affective structure that impelled Ordás' writing process. In this way, the first prologue of *Los caminos del Esla* by Ordás is analysed taking into account the most political formulation of the affective turn and different notions about the traumatic phenomenon. Thus the discourse on Ordás' work is renewed, contributing to the study of the relationship between body, mind and writing. The apocryphal figure is brought to light as well as a textual instance that had been born of plurality and was a product of hybridization and migration, swinging between emotions such as sadness, resignation and joy of life.

Keywords: Sabino Ordás, theory of affects, trauma in literature, regionalism.

En la presente aproximación a las vertientes reivindicativa y traumática de la figura apócrifa de Sabino Ordás partimos de dos premisas fundamentales. La primera es la existencia de un conflicto irresuelto en torno a la cuestión del estatus político de León y su representación cultural, mientras que la segunda apunta a dos formas de entender la reivindicación del regionalismo leonés: por un lado, una línea basada en el historicismo que justifica sus reivindicaciones en la existencia pretérita de un Reino de León, y, por el otro, una línea más minoritaria de raíz republicana, representada por Ordás.¹ Como constata Díez Llamas (1992: 169-71), esta última arranca ya desde la Primera República, cuando en Valladolid se recogía “el proyecto de Constitución Federal de la República Española del 17 de julio de 1873”. Este proyecto fue contestado por los republicanos leoneses con un conocido comunicado el 4 de agosto en el que se exponían argumentos históricos, culturales, sociales y económicos “ante el temor de que desaparezca su autonomía”. Estas dos formas de entender el leonesismo eclosionan en los primeros años de la Transición y condicionan la encrucijada en que se halla la izquierda leonesa en ese momento frente a la cuestión autonómica.² La mayor parte de esta izquierda considera dicha cuestión desde un prisma primordialmente utilitarista, aplicándose el modelo territorial diseñado por los órganos de dirección de los principales partidos de entonces, sobre todo el PSOE y el PCE. La otra forma de expresión del leonesismo, surgida como corrientes internas dentro de los partidos mencionados y como discurso de otros partidos más minoritarios, anticipa un debate en torno a cuestiones culturales.

Así, el Partido Socialista Popular se mostró desde un principio favorable a que fuesen los leoneses los que decidiesen su encaje en la futura configuración territorial del Estado atendiendo a un sentimiento de identidad compartida. Durante los años 1977 y 1978 este partido organizó una campaña destinada a demostrar, de acuerdo con uno de sus lemas, “que sí existe entre nuestros hombres deseo de autonomía propia”, campaña que culminó con las denominadas “Jornadas pro-autonomía

¹ Para una semblanza del pensamiento político y de la biografía de Ordás, véase Aparicio, Díez & Merino (2002).

² Para un estudio de la cuestión regional en León, véase Martínez (2016).

leonesa” y la primera de una serie de manifestaciones a favor de la autonomía leonesa el 18 de marzo de 1978³. En estas acciones el PSP fue acompañado por el Grupo Autonómico Leonés, una agrupación que había surgido en el verano de 1977 como escisión del PCE por el descontento con la decisión de este partido de optar por la autonomía con Castilla. Por su parte, el PSOE mantuvo fuertes contradicciones, aunque hay que destacar la actitud de Baldomero Lozano a favor de la autonomía leonesa. Tras su muerte en 1979, se opta por la opción de Castilla-León. Los más favorables a esta son las agrupaciones urbanas, principalmente las pertenecientes a las ciudades de León y Ponferrada, imponiendo criterios que se advertían como “llegados desde arriba” y canalizados a través de élites intelectuales, frente a agrupaciones rurales agrícolas y mineras. En este sentido, cabe destacar que la migración a la ciudad afectaba endémicamente la zona rural leonesa, esa despoblación que el periodista Sergio del Molino ha bautizado como “el Gran Trauma” en el reciente ensayo *La España vacía: viaje por un país que nunca fue* (2016). A ello se unió una crisis económica que vaciaba el medio rural leonés, tanto agrícola como minero, y que conducía a la recreación de una Arcadia feliz, en paralelo a una reivindicada comunidad autónoma leonesa.⁴

No obstante, un buen número de las aproximaciones críticas a la figura de este autor han tratado o bien sobre la reivindicación de un legado sociocultural, o bien han pretendido evitar que las obras firmadas bajo ese pseudónimo colectivo fueran identificadas unívocamente con un territorio –la zona de León–, argumentando que se trata de una concreción localista que desmerecería el valor literario de dichas obras, postura que los mismos escritores detrás del pseudónimo han venido a

³ En un texto ya de mediados de los años 90 la voz apócrifa rememora su supuesta participación en esos actos en compañía de Aparicio, Merino y Díez (Ordás, 1995b: 12-3). Además, se duele del ocultamiento de los mismos por la prensa y de las críticas lanzadas por los seguidores de la línea oficial de los partidos de izquierdas: “No obstante, la noticia fue tranquilamente falseada por la prensa leonesa y fríamente ignorada por la madrileña y, aunque dicen que no ofende quien quiere sino quien puede, se nos dijo además –bien en lo privado– que los participantes éramos comparsas o teloneros de los pistoleros fascistas de la ciudad. Se nos dijo eso, sí, y se me dijo a mí, que fui expulsado por los fascistas de León y de España” (Ordás, 1995b: 13).

⁴ Las críticas que lanza Ordás (1995a: 21) justo en esos años a los leoneses capitalinos por no conocer la identidad histórica y cultural de su tierra enlazan con todo este proceso: “Qué, pregunto yo, ¿acaso tierra despersonalizada y sin raíces, fuente provisoria de materias primas nada más, solar solo para el solaz y el esparcimiento?”

respaldar.⁵ Ahora bien, en obras surgidas en el marco borroso de la Transición o postransición, en concreto *Los caminos del Esla* (1980), y su posterior reedición de 1995, donde Ordás aparece en su habitual faceta de prologuista por partida doble, se detecta un trasfondo dramático de carácter sociopolítico. Cabría introducir, pues, la perspectiva del trauma en el estudio de los textos mencionados, en concreto de los prólogos de dichas ediciones de *Los caminos del Esla* firmados por Ordás, entendiendo tal trauma sobre la base de la contraposición entre una relación afectiva con el entorno y unos complejos más o menos conscientes, activados por los factores señalados. De este modo, en el análisis tomaremos en consideración el giro afectivo en su vertiente más vinculada a lo político –en especial la perspectiva de Massumi (2015)–, así como diferentes nociones del fenómeno traumático que parten de Freud.⁶ En definitiva, el objetivo del presente artículo será determinar la relación entre la reivindicación sociopolítica y cultural, por un lado, y la casuística traumática o estructura afectiva que impelía el proceso de escritura de Ordás.

1. PLANTEAMIENTO TEÓRICO

Teniendo el concepto de trauma una larga historia, podemos afirmar que el médico británico John Erichsen inició la comprensión moderna del mismo en la década de los años 60 del siglo XIX al identificar un síndrome traumático en las víctimas del miedo a los accidentes de tren, que él atribuyó a crisis nerviosas. Sin embargo, el término “trauma” adquirió un significado más psicológico cuando fue empleado por Charcot, Pierre Janet, Alfred Binet, Sigmund Freud y otras figuras que estudiaron la cuestión a caballo de los siglos XIX y XX para describir la herida mental causada por un shock repentino, inesperado y emocional (Leys, 2000: 3-4). Fue el último de los mencionados quien contribuyó con la fama de sus planteamientos a una feminización del problema a través del intento de construcción “científica” del modelo de mujer histérica.⁷ Más importante para el presente trabajo es el hecho de

⁵ A este respecto véase por ejemplo el estudio de García (1995) sobre la “invención” del grupo leonés.

⁶ La extensión de la parte relativa al planteamiento teórico está justificada por la doble naturaleza del mismo y la novedad que supone la aproximación al giro afectivo.

⁷ Este tema ha sido ampliamente estudiado desde un punto de vista crítico, especialmente en los estudios de género.

que la noción de trauma ha tendido a identificarse con grupos considerados minorías desprotegidas. Así, los múltiples casos de neurosis de guerra que se derivaron de las formas de combate empleadas durante la Primera Guerra Mundial hacían muy difícil obviar la existencia de síntomas traumáticos en hombres, al tiempo que suponían la ampliación del concepto a grupos humanos subordinados a fuerzas que gestionaban las leyes, costumbres y normas sociales de acuerdo con las estructuras patriarcales del poder. De este modo, estudiosos como el antropólogo Allan Young (1995: 5) han planteado convincentemente que ciertos diagnósticos vinculados con el trauma son constructos históricos elaborados a partir de las prácticas, las tecnologías y los discursos que han servido para diagnosticarlos, estudiarlos, tratarlos y representarlos.

Este tipo de aproximaciones al análisis de trauma representan la ruptura contemporánea que supuso la asunción de los postulados de Michel Foucault acerca de la psiquiatría como modelo epistemológico imbricado en los vectores del sistema poder/conocimiento. Numerosas han sido las aportaciones en este sentido dentro del campo de los llamados *Cultural Studies*.⁸ De hecho, es la focalización en aquello no dicho, fundamental en Foucault y el postestructuralismo en general, el aspecto que más vigorosamente ha penetrado en el paradigma de los estudios sobre el trauma desde la perspectiva de los estudios literarios y culturales contemporáneos. Caruth, tal y como advierte no sin ironía Leys (2000: 17), sitúa el trauma fuera de lo representable, tendiendo este a transmitirse por contagio mimético a otras sujetos, por lo cual acaba convirtiéndose en algo ilocalizable en ningún individuo en concreto.⁹ Quizás el hecho de que Ordás aparezca como apócrifo¹⁰ intente expresar ese sentir colectivo, transversal, que no encarna el trauma en ningún sujeto histórico de León identificable, sino que constituiría la figuración misma del contagio del trauma en el seno de su comunidad de

⁸ Por ejemplo, el concepto de “memoro-politics” de Hacking (1995: 214), a través del cual pretende estudiar las políticas de la memoria, incorporando como elemento a tener en cuenta la idea de trauma desde una perspectiva crítica.

⁹ Numerosos investigadores como Caruth que se han planteado el trauma en relación con el Holocausto han puesto énfasis en la naturaleza supuestamente irrepresentable e indecible del trauma.

¹⁰ Para una síntesis de opiniones al respecto de la construcción de Ordás por parte de sus propios creadores, véase Brizuela (2003: 148).

referencia.¹¹ Y lo más interesante al respecto: la función y los efectos de los apócrifos que apunta el mismo Ordás en uno de sus escritos metaliterarios entroncan perfectamente con el interés por los afectos que aplicamos en este trabajo (especialmente en la segunda parte de la siguiente cita):

Crear algo comparable a la vida, equivalente a la misma, factible de ser instalado en ella sin que nadie note diferencias ni matices discordantes, que se confunda. O verter en otros cauces, que multipliquen diversificada nuestra imagen, tantas emociones, ideas, pensamientos, como nuestro ser alberga, y acaso él solo no logre plasmar. (Ordás, 2002: 109)

Sea como sea, al reflexionar sobre el denominado “giro afectivo” en relación con todo este pósito psicoanalítico surge una pregunta no exenta de controversia: ¿cómo podemos articular el concepto de trauma con las teorías sobre el afecto cuando estas se basan en una perspectiva hartamente ajena a las que han guiado los trabajos del psicoanálisis?¹² Así, si desde Freud en adelante estos se centraron en el conflicto entre un oscuro inconsciente y la influencia del contexto sociocultural en la configuración del Yo, tratando el resultado desde una perspectiva binaria de distinción entre lo normativo y lo no normativo, lo enfermizo y lo no enfermizo, y ejercitando una acción reparadora donde la racionalidad narrativa tenía un especial protagonismo, el giro afectivo se ha encaminado a una visión no dicotómica que tenga en cuenta la condición holística del conjunto cuerpo-mente sin referencias a recónditos conflictos ni asumir una

¹¹ El papel de la comunidad en la configuración exitosa de la figura del apócrifo ha sido subrayado por Rosell (2009: 551), quien, apoyándose en la teoría literaria, se refiere a aquello que considera “un buen apócrifo”: “nunca se conforma con su propia autoridad moral o literaria sino que, por el contrario, requiere la presencia de un complejo social que lo resguarde de todo resquicio de incredulidad por parte del receptor, a diferencia del personaje de ficción al uso, que puede existir perfectamente sin ser refrendado en todo momento por su entorno”. En este sentido, cabe señalar la importancia de la ayuda prestada en los circuitos literarios por intelectuales como Ricardo Gullón, Dámaso Santos o Manuel Andújar, que mantuvieron el engaño acerca del caso “Ordás” para contribuir al éxito social del apócrifo (v. Castro Díez, 2002: 29).

¹² Así, Leys firma un artículo cuyo título es bastante explícito: “The Turn to Affect: A Critique”. La autora pone en evidencia su desacuerdo con ciertos planteamientos del giro afectivo y llega a acusar a autores como Massumi de proponer definiciones del término “afecto” que van claramente en contra del análisis científico o de malinterpretar los datos provocando paradojas artificiales (Leys, 2011: 467).

finalidad estrictamente sanadora, como mínimo en los términos a los que el psicoanálisis nos tenía acostumbrados. Debemos señalar que también en el campo de la psicología determinados estudios han focalizado en el cuerpo en lugar de la mente a la hora de explicar la memoria traumática en términos neurobiológicos; así, investigadores como Van der Kolk consideran que el suceso traumático es codificado en el cerebro de modo distinto al de la memoria ordinaria, es decir, que se trataría de recuerdos corporales, “implícitos” (de hábitos, acciones reflejas o respuestas condicionadas) que se hallan fuera de la representación verbal, semántica o lingüística, y no constituyen casos de memoria episódica ni de memoria semántica (v. Leys, 2000: 5-6). De este modo, tales planteamientos se alejan de la recurrencia a una narrativa cuyo eje de referencia sería la racionalidad que impera desde Platón a Kant, y enlazan con propuestas surgidas en torno al llamado “giro afectivo”, que ponen el foco en el cuerpo. Ahora bien, dichas propuestas entienden lo corporal a partir de la lectura de Spinoza que realizaron Deleuze y (complementariamente) Guattari, es decir, como un modo (de estar en el mundo) con la capacidad de afectar y ser afectado.¹³ Como sintetiza acertadamente Sauvagnargues (2006: 159):

Deleuze utilise la conception spinoziste de l'individu et la petite physique de l'*Ethique* II, 13. Comment définir un individu, corps ou âme? Non par sa forme, ses organes, ses fonctions, ni comme une substance ou un sujet, mais comme un mode, c'est-à-dire un rapport complexe de vitesses et de lenteurs, et un pouvoir d'affecter ou d'être affecté. Avec cette double détermination modale qui compose l'éthologie spinoziste, Deleuze renouvelle le rapport entre signe, force et puissance.

La noción de afecto comporta una transición sentida que se desplaza del paradigma de la racionalidad, pero preservando el pensamiento. En otras

¹³ Seigworth y Gregg (2010: 5) distinguen dos vectores dominantes en el estudio de los afectos dentro de las humanidades: por un lado, la psicobiología de los afectos diferenciales iniciada por Tomkin y, por el otro, la etiología spinoziana de las capacidades corporales establecida por Deleuze. En relación con este último vector, véase especialmente Deleuze (1981) y Deleuze y Guattari (1980). Spinoza (2007: 197-372) lleva a cabo una aproximación general al origen, naturaleza y potencialidad de los afectos; además, pormenoriza y reflexiona sobre afectos tales como el miedo, la esperanza, la indignación, la envidia, el desprecio o la devoción (Spinoza, 2007: 261-275).

palabras, al parecer de un buen número de teóricos de los afectos existe un tipo de pensamiento que tiene lugar en el cuerpo, siendo el afecto algo que implica sentir al pensar, y viceversa,¹⁴ aunque el sentir-pensar de los afectos siempre pertenece más a los sucesos que a las personas (Massumi, 2015: 91, 94). Por eso mismo el cuerpo no es visto desde una perspectiva orgánica, funcional o subjetiva, sino más bien como un modo. Lo afectivo es presubjetivo en la medida que es transindividual, relacional, coincidiendo con el evolucionar de los individuos (Massumi, 2015: 94). Ahora bien, ¿esto significa que su naturaleza convierte a los afectos en un aspecto incontrolable, irracional y caótico a la manera del inconsciente freudiano? No necesariamente: la mayoría de investigadores afirman que los afectos pueden ser modulados mediante técnicas más o menos improvisadas que pertenecerían tanto al sentir como al pensar.

Entramos, pues, en el componente político que ha caracterizado muchas de las aproximaciones teóricas de los afectos. Una referencia a tener en cuenta en este sentido es el volumen *Politics of Affect* (2015), en que Massumi teoriza sobre el carácter protopolítico de los afectos. Sin duda, se trata de un terreno arduo y resbaladizo, por lo voluble de la conceptualización de los afectos. Tanto el trauma como el afecto presentan una vertiente política que se expande en formas que van más allá de lo tradicionalmente considerado racional. Así, igual que lo traumático en Caruth, el poder del afecto es su capacidad de contagio, en este caso a través del gesto: como apunta Massumi (2015: 105), por ejemplo, la resistencia no puede ser comunicada o inculcada, solo puede ser realizada gestualmente. Con todo, este pensar-sentir puede ser estratégico, es decir, puede modular o afinar el suceso que tiene lugar, aunque sin poder controlar completamente el resultado (Massumi, 2015: 96). Y esta es una de las aseveraciones polémicas de la teoría de los afectos: el establecimiento de un modelo de lo estético-político basado en la apertura a lo posible y no lo factual, a lo potencial, al *in-between*, al fluir incesante, es decir, un modelo basado en aspectos que el racionalismo consideraba inadecuados por su vaguedad. Así, el hecho de aplicar un afecto se ha comparado al hecho de cruzar un umbral, en un proceso de transición acompañado de una sensación de cambio en las capacidades. De hecho, si la filosofía política moderna se ha basado en

¹⁴ Como apuntan Seigworth y Gregg (2010: 3) afecto y cognición no se pueden separar del todo, más que nada porque el pensamiento es en sí un cuerpo, está corporizado (*embodied*).

las ideologías para sus razonamientos, en la teoría de los afectos la modulación de los mismos (siempre neutra y sin objetivo preestablecido¹⁵) ocupa –como afirma Massumi (2015: 32)– el lugar de la vieja ideología a la hora de intentar entender los mecanismos del poder. Desde este punto de vista, la ética siempre consiste en habitar en la incertidumbre, porque el valor ético de una acción es el resultado en una situación dada que da lugar a una transformación, resultado incierto por naturaleza (Massumi, 2015: 11). Todo ello se explica por una de las características importantes del afecto: su dimensión de suceso. Deleuze y Guattari ya argumentaban que la ideología no existe porque ninguna situación puede ser totalmente predeterminada por estructuras o códigos ideológicos: siempre hay un suceso que incluye dimensiones que no están completamente actualizadas, por lo cual hasta un cierto punto siempre están abiertas y en continua reformulación (Massumi, 2015: 47, 58).

Esta visión de los afectos entroncaría con la vertiente política que ha tenido el trauma en el mundo occidental, en la cual el concepto de *shock* ha sido empleado en numerosos estudios sobre la interpretación ideológica de representaciones psicológicas. Massumi (2015: 53) considera que dicho concepto resulta clave en el funcionamiento de los afectos, aunque no solo en su versión dramática, aquella que nos resulta familiar en lo relativo al trauma, sino en un formato de “microshocks”, que derivaría del concepto de “micropercepciones” propuesto por Deleuze y Guattari: en cada desvío de la atención provocado por una de esas conmociones cotidianas que interrumpen una continuidad, el cuerpo tiene que volver a dicha continuidad, pero lo hace abriéndose a lo que vendrá, regresando pues a su potencial.¹⁶ Una política de micropercepciones es una micropolítica, como la campaña de Obama, la cual, al modular una reorientación del miedo hacia la esperanza, se

¹⁵ Dicha neutralidad es desarrollada por Seigworth y Gregg (2010: 1) en una definición del término *afecto* que abre uno de los trabajos de referencia sobre la cuestión, el volumen *The Affect Theory Reader*: “Affect [...] is the name we give to those forces [...] that can serve to drive us toward movement, toward thought and extension, that can likewise suspend us (as if in neutral) across a barely registering accretion of force-relations, or that can even leave us overwhelmed by the world’s apparent intractability”.

¹⁶ En palabras de Deleuze (1962: 69), las fuerzas reaccionarias son aquellas que separan otras fuerzas de aquello que pueden hacer, de su potencialidad.

dirigía al nivel micropolítico, pero a través de los *mass media*, es decir, los medios de comunicación *masivos* (Massumi, 2015: 58).¹⁷

2. PROPUESTA DE ANÁLISIS

Como la extensión del presente artículo debe adecuarse a las normas establecidas, vamos a realizar un análisis de carácter ilustrativo al prólogo de Ordás a la primera edición de *Los caminos del Esla*. Los caminos en sí pueden considerarse como un proceso intemporal, como suceso que realiza afectos: “Los caminos ahí estaban, ahí están: como senderos, como carrarias, como calzadas. Siempre solícitos e incitadores. Se transitan, se desvían, se abandonan, se remozan, pero no se estudian” (1995a: 19). En el texto la ironía conduce a la empatía, y –como es ironía inteligente– lo hace expandiendo sentidos y, por lo tanto, las posibilidades de los efectos, como por ejemplo en la siguiente “pregunta-bomba”: “¿No será el Esla destinado a ser el río atómico de España?” (Ordás, 1995a: 30). La ironía se desborda ante el lector atento, que observa cómo en su lectura se entrecruzan conceptos separados por la voz narrativa, cuando deberían unirse en otros lados, según el sentir hondo leonés: “Pero el Esla no es solo una magnífica corriente de agua. El gran río leonés tiene una particularidad que hace exceder su importancia del mero reino de las leyes de la física, particularidad que lo emparenta con los grandes ríos legendarios que han sido capaces de alumbrar naciones en sus orillas” (Ordás, 1995a: 24). La frase inicial en negativo crea la expectación hacia una afirmación más acertada, en la cual nos encontramos que el concepto de reino, aplicado a las leyes de la física, funciona como un referente dislocado de su contenido físico (el río), el cual naturalmente permanece. El reino de León, pues, pasa a ser una realidad en proceso de disolución, alejándose tanto temporal como textualmente. Ahora bien, el hecho de emparentar el Esla con ríos que

¹⁷ Cabe añadir que la micropolítica siempre acompaña a la macropolítica: una sin la otra no se entienden, sino que más bien se retroalimentan (Massumi, 2015: 81). Del mismo modo, el valor político que se puede extraer de los afectos consigue alterar las connotaciones atribuidas tradicionalmente a determinados conceptos: la esperanza se contrapone a la utopía, ya que esta se fundamenta en un proyecto cerrado en un futuro distante (Massumi, 2015: 3).

“alumbran” naciones permite reconducir esta visión, permite afinarla en el sentido que no cierra la puerta a posibles alumbramientos futuros, aunque de hecho sea una referencia más bien al pasado. Se trata de un pasado que resurge a través del texto, de las palabras que evocan a un San Isidoro con potestad definitoria, portavoz del origen en cuanto su gran obra se basaba en el papel explicativo de las etimologías. Y aparece otro pasado desbancado, el de los astures como “nación de España”, traducción del latín original “gens Hispaniae” (v. Ordás, 1995a: 24).

En contraposición manifiesta, el motivo de Caronte nos conduce a la trascendencia de la muerte. Caronte sirve para presentar en su barca a un Ordás que dice encontrarse entre la vida y la muerte. No resulta una referencia mitológica culta y baladí, sino que enlaza estructuralmente con el motivo del final del río Esla, su final físico y lo que conlleva su desaparición. Se refuerza el motivo de una defunción anunciada e inevitable, en la cual el Esla parece asumir el papel de una cultura leonesa moribunda, mientras que el Duero encarna la poderosa Castilla; afirma Ordás al lector: “no te extrañe, por eso, que cuando llegues al final del libro, que es, como no podía ser de otro modo, como llegar al fin del viaje, Aparicio y Merino te digan, con más orgullo que pena, cómo muere el Esla, solemne y entero, henchido y majestuoso, en las aguas del Padre Duero” (Ordás, 1995a: 24). En el prólogo no se habla literalmente de “trauma”, pero sí de “drama”, añadiendo un término de alcance freudiano: “la angustia de León”. Y los psiquiatras (que no los psicoanalistas) salen a escena: “Dicen los psiquiatras que quien gusta de hurgar en el pasado padece sentimientos de culpa, que quien piensa demasiado en el porvenir sufre de angustia. Pero ¿qué otra cosa cabe hacer desde León?” (Ordás, 1995a: 29). Se trata justamente del conflicto entre ciertos complejos de impotencia y la relación afectiva con el entorno que mencionábamos al inicio.

La legitimación del valor y la necesidad de reconocer la multiplicidad de lo real se percibe, por ejemplo, en una frase en torno a la controversia sobre el nombre del Esla: “el Esla no tiene una fuente, sino muchas. Ellos [Aparicio y Merino] han elegido la suya, la de Valdossín, pero reconociendo igual legitimidad a todas las demás [...]” (Ordás, 1995a: 25). Tal dignificación de lo plural y lo diverso converge con el empoderamiento de los marginados, los otros, los desatendidos. La visión de Roma no como poder civilizador, sino como “verdugo” que arrasó la “Asturia genuina y más auténtica” (Ordás, 1995a: 25): ese hacedor de macropolítica que desvirtuó el potencial de unas gentes esclavizándolas.

Sin embargo, Roma aparece explicitada, mientras que la entidad macropolítica que establece arbitrarios decretos como el de 1973, que menosprecia el patrimonio leonés, no sale mencionado cuando es objeto de crítica (v. Ordás, 1995a: 27): en ese presente de la Transición, ¿se temía a Leviatán o el Leviatán era ya realmente invisible? Las palabras de afrenta, las modulaciones de un malestar síntoma del trauma, se dirigen principalmente a los vecinos regionales (asturianos, gallegos). La pluralidad también puede dar pie a un comentario mordaz, como cuando se mencionan los “múltiples centenarios de fundación de la ciudad” a cargo de un instituto de investigación (v. Ordás, 1995a: 28). En todo caso, ambos casos de diversidad coinciden en romper con la monotonía de lo uno, funcionando como un afecto que crea un shock en la continuidad de la actividad establecida.

El uso de la personificación de Asturias en una columna y un corazón que se sitúan en el Esla (v. Ordás, 1995a: 25) supone un acercamiento afectivo al mismo, ya que se obvia la parte racional: el pensamiento se queda en su vertiente más afectiva, sin una mente intencional ni un brazo ejecutor.¹⁸ No obstante, la reivindicación lingüística, basada en una racionalización que saldría de la pluma de Menéndez Pidal, (v. Ordás, 1995a: 26) supone un revés a esta tendencia, puesto que marca fronteras, elimina opciones, pone límites a un *continuum* lingüístico que, sin estandarización, difícilmente podía componerse en marcos lingüísticos estables. Es aquí cuando el gesto de resistencia se puede volver contraproducente. En cambio, cuando compara las raíces míticas de Roma y León, en forma de loba y río respectivamente (v. Ordás, 1995a: 26), la ironía vuelve a ganar peso, al reformular la orientación del texto hacia el detalle que favorece el triunfo de la potencialidad ofrecida por los afectos.

¹⁸ Cabría asumir que los nacionalismos en el pensamiento de Ordás (2002: 142) forman parte del mundo de las emociones (“zona del espíritu”), pero él los describe como algo oscuro, exclusivista y cerril, “[...] aun cuando se instalen en el menguado continente de las «nacionalidades»”. Ahora bien, al mismo tiempo asegura que, ocasionalmente, pueden desatar un dinamismo creativo “[...] cuando se acierta a encontrar la veta de unas ciertas latencias positivas” (Ordás, 2002: 142). Este planteamiento encaja con el postulado de la teoría de las emociones según el cual los afectos (aquellos que puede desatar el sentimiento nacionalista) no son esencialmente ni positivos ni negativos, sino que eso depende de efectos escasamente predecibles, aunque sí modulables.

CONCLUSIONES

No era la pretensión de este estudio presentar aspectos hasta ahora ignorados de la obra de Ordás por haber quedado desatendidos en los archivos, ni revelar una verdad absolutamente insospechada sobre la figura del gran apócrifo leonés. Nuestra tarea ha consistido en aportar una nueva perspectiva analítica que enriquezca los discursos críticos en torno a la figura de Ordás, aplicando los planteamientos de la teoría del giro afectivo, en buena medida novedosa en el ámbito peninsular. Esta labor exige un minucioso examen textual, un close reading que, sutilmente, logre modificar el ángulo de visión sobre algunos elementos ya estudiados, al tiempo que ponga nueva luz sobre un aspecto más bien omitido no solo en la obra de Ordás, sino en los estudios literarios españoles en general: las relaciones entre cuerpo, mente y escritura. Y es que, en efecto, esta instancia textual parece encarnar aquel discurso crítico de las emociones que ha dejado atrás el yo interiorizado o la subjetividad siguiendo el régimen de expresividad que Seigworth y Gregg (2010: 8) describen del siguiente modo: “[...] a range of postcolonial, hybridized, and migrant voices that forcefully question the privilege and stability of individualized actants possessing self-derived agency and solely private emotions within a scene or environment”.

En definitiva, los afectos que denota un prólogo dedicado a una desaparición, un duelo propiamente dicho, como son la tristeza, el desamparo o la rabia, se tornan procesualmente, mediante microshocks modulados por singulares procedimientos retóricos, en una alabanza a la transformación que es la vida, como el río heraclitiano. Ordás se alza como una instancia textual con cuerpo de desdichado acervo regional, y, siendo un pseudónimo, personifica también una multiplicidad que había quedado invisibilizada. Por su lado, los dos escritores mencionados continuamente en el texto, de una generación más joven que Ordás, ostentan un orgullo que les anima tanto a levantar cabeza frente a la desdicha como también a llevar a cabo la misión lúgubre de enterradores, de la mejor forma posible.

BIBLIOGRAFÍA

- Aparicio, Juan Pedro, Luis Mateo Díez & José María Merino (2002), “Nota preliminar”, en Sabino Ordás, *Las cenizas del Fénix*, Madrid, Calambur, pp. 7-13.
- Brizuela, Mabel (2003), “Las fabulaciones de nuestra realidad. Apuntes para una poética del grupo leonés de J. P. Aparicio, L. M. Díez y J. M. Merino”, *Olivar*, 4/4, pp. 147-57.
- Castro Díez, Asunción (2002), “Una biografía para Sabino Ordás”, en José María Merino & Juan Pedro Aparicio, *Las cenizas del Fénix, de Sabino Ordás*, Madrid, Digitalia, pp. 21-57.
- Deleuze, Gilles (1962), *Nietzsche et la philosophie*, París, PUF.
- Deleuze, Gilles (1981), *Spinoza: philosophie pratique*, París, Minuit.
- Deleuze, Gilles & Félix Guattari (1980), *Mille Plateaux*, París, Minuit.
- Del Molino, Sergio (2016), *La España vacía: viaje por un país que nunca fue*, Madrid, Turner.
- Díez Llamas, David (1992), *La identidad leonesa*, León, Diputación de León.
- García, Carlos Javier (1995), *La invención del grupo leonés: estudio y entrevistas*, Madrid, Júcar.
- Hacking, Ian (1995), *Rewriting the Soul: Multiple Personality and the Sciences of Memory*, Princeton, Princeton University Press.
- Leys, Ruth (2000), *Trauma: A Genealogy*, Chicago, The University of Chicago Press.
- Leys, Ruth (2011), “The Turn to Affect: A Critique”, *Critical Inquiry*, 37/3, pp. 434-72.
- Massumi, Brian (2015), *Politics of Affect*, Cambridge & Malden, Polity.

- Martínez, David (2016), *Construyendo la democracia. Tardofranquismo, transición política y la cuestión autonómica en la provincia de León (1962-1984)*, León, Universidad de León. [Tesis doctoral inédita].
- Ordás, Sabino (1995a), “Prólogo”, en José María Merino & Juan Pedro Aparicio, *Los caminos del Esla*, León, Edileisa, pp. 19-30.
- Ordás, Sabino (1995b), “¿Otra vez? (Prólogo a la segunda edición)”, en José María Merino & Juan Pedro Aparicio, *Los caminos del Esla*, León, Edileisa, pp. 10-18.
- Ordás, Sabino (2002), *Las cenizas del Fénix*, Madrid, Calambur.
- Rosell, Maria (2009), “Aproximaciones al apócrifo en la órbita de Max Aub; del modelo francés a las últimas manifestaciones peninsulares”, *Revista de Literatura*, 71/2, pp. 525-563.
- Sauvagnargues, Anne (2006), “L’éthologie: l’affect de l’image”, *Symposium*, 10/1, pp. 156-167.
- Seigworth, Gregory J. & Melissa Gregg (2010), “An Inventory of Shimmers”, en Gregory J. Seigworth & Melissa Gregg (eds.), *The Affect Theory Reader*, Durham & Londres, Duke University Press, pp. 1-25.
- Spinoza, Baruch (2007), *Ética demostrada según el orden geométrico*, eds. Vidal Peña García & Gabriel Albiac, Madrid, Tecnos.
- Young, Allan (1995), *The Harmony of Illusions: Inventing Post-Traumatic Stress Disorder*, Princeton, Princeton University Press.